Hay una pregunta que pocas personas se atreven a hacerse con absoluta sinceridad: **¿Cuánto de lo que hago, digo y aparento nace realmente de mis convicciones y cuánto nace de mi necesidad de ser aceptado por los demás?**

Nos preocupa lo que piensan de nosotros. Nos duele que nos critiquen, nos inquieta que alguien tenga una mala opinión, nos cuesta aceptar que no nos reconozcan y, en ocasiones, modificamos nuestra manera de actuar para conseguir algo tan frágil como la aprobación ajena.

Queremos caer bien. Queremos que nos respeten. Queremos que reconozcan nuestros méritos. Queremos tener razón. Y, cuando alguien cuestiona nuestra imagen, sentimos que no está cuestionando simplemente una opinión o una actuación: parece que está atacando lo que somos.

A eso, en el lenguaje cotidiano, solemos llamarlo ego.

Pero ¿qué es realmente el ego? ¿Por qué puede llegar a dominar nuestra vida? ¿Qué relación tiene con el orgullo, la soberbia y la vanidad? Y, sobre todo, ¿qué nos enseña la fe católica acerca de esa necesidad constante de recibir reconocimiento?

San Pablo nos dejó una reflexión extraordinariamente actual. Escribiendo a los cristianos de Corinto, afirmó:

«Por mi parte, muy poco me importa ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano; ni siquiera yo me juzgo a mí mismo. Mi conciencia nada me reprocha, mas no por eso quedo justificado: quien me juzga es el Señor».

(1 Corintios 4,3-4).

Estas palabras contienen una enseñanza fundamental para comprender la verdadera libertad interior: **el cristiano no puede convertir la opinión de los hombres en el tribunal supremo de su existencia.**

No significa que deba despreciar a los demás, rechazar cualquier corrección o vivir sin responsabilidad. Significa algo mucho más profundo: que nuestra identidad, nuestra conciencia y nuestra relación con Dios no pueden depender de la aprobación humana.

Porque cuando necesitamos constantemente que los demás nos valoren, dejamos de vivir conforme a la verdad y comenzamos a vivir conforme a la imagen que queremos proyectar.

Y ahí es donde el ego empieza a convertirse en una prisión.

1. ¿Qué es el ego? Comprender el problema desde la perspectiva cristiana

La palabra «ego» procede del latín y significa sencillamente «yo». En filosofía y psicología puede emplearse con distintos significados, pero en el lenguaje cotidiano suele designar una preocupación excesiva por uno mismo, por la propia imagen, por el reconocimiento y por la posición que ocupamos ante los demás.

Desde la perspectiva de la moral católica, conviene distinguir algo importante: **tener conciencia de uno mismo no es malo; lo que puede convertirse en un desorden espiritual es colocar el propio yo por encima de Dios y de la verdad.**

Dios no nos ha creado para despreciarnos, negar nuestra dignidad o considerar que carecemos de valor. Al contrario, cada persona posee una dignidad que procede de haber sido creada a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1,26-27).

El problema aparece cuando dejamos de recibir nuestra identidad como un don y comenzamos a construirla alrededor de nuestra propia importancia.

El ego desordenado quiere ser el centro. Necesita sentirse superior, admirado, reconocido o indispensable. No soporta fácilmente que otra persona destaque más, que alguien no esté de acuerdo con él o que sus méritos pasen inadvertidos.

En ocasiones, ni siquiera busca ser mejor: simplemente necesita parecerlo.

Y esta diferencia es fundamental.

Una persona puede esforzarse por hacer bien su trabajo, desarrollar sus capacidades y buscar la excelencia sin estar dominada por el ego. El problema comienza cuando el valor de lo que hace depende exclusivamente de que los demás lo vean, lo elogien o lo reconozcan.

Entonces ya no trabaja solamente por responsabilidad, sino por admiración. No ayuda únicamente por caridad, sino también para recibir agradecimiento. No comparte sus conocimientos solamente para enseñar, sino para demostrar que sabe más que los demás.

Incluso las buenas obras pueden quedar contaminadas por esta búsqueda de reconocimiento.

Jesucristo advirtió precisamente sobre ello:

«Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial».

(Mateo 6,1).

El Señor no condena que los demás puedan conocer nuestras buenas obras. En otro pasaje enseña que la luz de los discípulos debe brillar ante los hombres para que glorifiquen al Padre (Mateo 5,16).

La diferencia está en la intención: **¿quiero que se vea mi bondad para que Dios sea glorificado o quiero que se vea para que yo sea admirado?**

Esta pregunta debería acompañarnos mucho más de lo que imaginamos.

2. El ego y la soberbia: una antigua enfermedad del alma

La tradición moral católica no utiliza siempre la palabra «ego» con el significado psicológico contemporáneo. Sin embargo, conoce perfectamente el desorden espiritual al que muchas veces nos referimos mediante ese término.

Se trata, especialmente, de la soberbia.

La soberbia es uno de los siete pecados capitales y consiste, fundamentalmente, en una búsqueda desordenada de la propia excelencia, mediante la cual el hombre se atribuye una importancia que no reconoce debidamente como recibida de Dios.

Santo Tomás de Aquino dedica una cuestión completa de la *Suma Teológica* a este pecado (II-II, cuestión 162). En su análisis explica su gravedad porque la soberbia supone un desorden en la relación del hombre con Dios y con la propia excelencia.

El soberbio no necesariamente se considera perfecto de manera consciente. A veces su soberbia se manifiesta precisamente en su incapacidad para soportar que alguien descubra sus imperfecciones.

Por eso existen diferentes manifestaciones del ego:

- **La necesidad de tener siempre razón:** aceptar un error parece una humillación insoportable.

- **La susceptibilidad:** cualquier comentario desfavorable se interpreta como una ofensa personal.
- **La comparación constante:** el éxito de los demás se percibe como una amenaza.
- **La necesidad de reconocimiento:** hacer algo bueno parece insuficiente si nadie lo agradece.
- **La incapacidad de pedir perdón:** reconocer una equivocación parece disminuir el propio valor.
- **La búsqueda de superioridad:** se necesita demostrar continuamente que uno sabe más, puede más o vale más.
- **La preocupación por las apariencias:** importa más parecer virtuoso que esforzarse sinceramente por serlo.

Todas estas actitudes pueden tener diferentes causas y no deben convertirse en diagnósticos automáticos sobre las personas. Sin embargo, constituyen señales que invitan al examen de conciencia.

El problema no es querer hacer las cosas bien. El problema es necesitar que los demás confirmen constantemente que somos mejores.

La soberbia transforma la vida en una competición permanente. Y quien vive compitiendo por reconocimiento difícilmente encuentra la paz.

3. San Pablo: «Muy poco me importa ser juzgado por vosotros»

Regresemos a las palabras de san Pablo.

En el capítulo cuarto de la Primera Carta a los Corintios, el Apóstol está hablando de los ministros de Cristo y de su responsabilidad como administradores de los misterios de Dios.

En aquella comunidad existían divisiones, preferencias y juicios sobre quienes ejercían el ministerio apostólico. San Pablo recuerda que lo verdaderamente importante no es obtener la aprobación de los hombres, sino ser fiel a la misión recibida.

Por eso escribe:

«Por mi parte, muy poco me importa ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano».

No está diciendo que las opiniones ajenas carezcan siempre de importancia. Tampoco está

afirmando que nadie pueda corregirlo. De hecho, inmediatamente reconoce que ni siquiera su propia conciencia constituye el juicio definitivo.

La frase decisiva es esta:

«Quien me juzga es el Señor».

Aquí encontramos una de las grandes claves de la libertad cristiana.

San Pablo no entrega su conciencia a la opinión pública, a los aplausos ni a las críticas. Sabe que su vida está bajo la mirada de Dios y que será ante Él donde tendrá que responder de sus actos.

Esto cambia radicalmente la manera de vivir.

Imaginemos a una persona que realiza una buena obra y recibe críticas. Si su motivación principal es el reconocimiento, probablemente se sentirá profundamente herida. Si su motivación es la fidelidad a Dios, podrá examinar las críticas, reconocer aquello que sea verdadero y rechazar aquello que sea injusto, sin permitir que ninguna de las dos cosas destruya su paz interior.

El cristiano no necesita que todo el mundo esté de acuerdo con él para permanecer fiel a sus convicciones.

Tampoco necesita ganar todas las discusiones para conservar su dignidad.

Y, sobre todo, no necesita convertir cada crítica en una batalla personal.

San Pablo nos ofrece otra enseñanza que complementa perfectamente la anterior:

«Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo».

(Gálatas 1,10).

El contexto es importante. El Apóstol está defendiendo la autenticidad del Evangelio que ha recibido y rechazando cualquier intento de modificarlo para conseguir la aceptación humana.

Su mensaje no es una invitación a la arrogancia, sino a la fidelidad.

Cuando agradar a los hombres exige traicionar la verdad, el cristiano debe elegir a

Dios.

4. La necesidad de aprobación: cuando los demás se convierten en nuestros jueces

¿Por qué nos importa tanto lo que piensan de nosotros?

La respuesta no es idéntica para todas las personas. El ser humano es social por naturaleza y necesita relaciones, afecto, pertenencia y reconocimiento. No hay nada malo en desear ser querido o respetado.

La propia vida cristiana se desarrolla en comunidad. Necesitamos a los demás, recibimos ayuda, aprendemos de ellos y estamos llamados a vivir la caridad.

Sin embargo, existe una diferencia enorme entre apreciar el afecto de los demás y depender de él para sentir que nuestra vida tiene valor.

Cuando la aprobación se convierte en una necesidad absoluta, comenzamos a modificar nuestra conducta según las expectativas ajenas.

Callamos cuando deberíamos hablar. Hablamos cuando sería mejor guardar silencio. Aceptamos situaciones que contradicen nuestras convicciones. Ocultamos nuestra fe para evitar incomodidades. Fingimos estar de acuerdo para no perder aceptación.

Poco a poco, dejamos de preguntarnos qué es lo correcto y comenzamos a preguntarnos qué será mejor recibido.

El problema es que la aprobación humana nunca ofrece una seguridad definitiva.

Hoy alguien nos felicita; mañana nos critica. Hoy nos considera valiosos; mañana puede ignorarnos. Hoy somos aceptados por un grupo; mañana podemos dejar de serlo.

Si nuestra tranquilidad depende de esa aprobación, nuestra paz estará siempre en manos de los demás.

El Evangelio nos invita a invertir esta relación: debemos amar a las personas, pero no convertir su opinión en el fundamento último de nuestra identidad.

Dios conoce lo que somos, incluso aquello que nadie más ve.

Y esa mirada divina es infinitamente más importante que la imagen que conseguimos proyectar.

5. El ego también puede esconderse detrás de la virtud y la religiosidad

Existe una manifestación especialmente peligrosa del ego: aquella que se disfraza de virtud.

No siempre se manifiesta mediante la vanidad exterior, el deseo de riqueza o la búsqueda de posiciones importantes. A veces aparece dentro de la propia vida religiosa.

Una persona puede rezar mucho y, sin embargo, buscar reconocimiento por su piedad. Puede participar en actividades apostólicas y necesitar que todos conozcan su dedicación. Puede defender la doctrina católica y utilizar esa defensa como una ocasión para humillar a quienes saben menos.

Puede hablar constantemente de humildad mientras se considera moralmente superior a los demás.

Incluso podemos llegar a sentir orgullo por nuestra propia renuncia al orgullo.

Jesucristo presentó una advertencia extraordinariamente clara en la parábola del fariseo y el publicano (Lucas 18,9-14).

El fariseo sube al templo para orar y comienza enumerando sus méritos. Da gracias a Dios, pero su oración termina siendo una comparación con los demás: no es como los otros hombres, ni como aquel publicano que está cerca.

El publicano, en cambio, permanece a distancia, no se atreve a levantar los ojos al cielo y pide misericordia:

«¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador».

(Lucas 18,13).

Jesús concluye que este último bajó a su casa justificado, mientras que el primero no.

La enseñanza es profunda: **la verdadera vida espiritual no consiste en contemplar continuamente nuestra superioridad moral, sino en reconocer nuestra necesidad**

de la gracia de Dios.

El fariseo estaba tan ocupado contemplando sus propios méritos que no parecía necesitar misericordia.

El publicano, por el contrario, sabía que no podía salvarse por sus propias fuerzas.

Esta parábola debería hacernos reflexionar especialmente cuando juzgamos la fe, la formación o la conducta de otras personas.

¿Defendemos la verdad porque amamos a Dios o porque necesitamos demostrar que somos más fieles que los demás?

¿Corregimos para ayudar a nuestro hermano o para sentirnos superiores?

¿Nos duele realmente el error ajeno o nos satisface tener la oportunidad de señalarlo?

La doctrina católica debe defenderse con firmeza, pero esa firmeza no justifica la soberbia. La verdad no necesita de nuestra vanidad para ser verdad.

6. La vanagloria: hacer el bien para recibir aplausos

Santo Tomás de Aquino distingue la soberbia de la vanagloria, aunque ambas están estrechamente relacionadas.

En la *Suma Teológica* (II-II, cuestión 132), estudia la vanagloria como un deseo desordenado de gloria o reconocimiento.

La gloria humana no es necesariamente mala. Es legítimo recibir reconocimiento por una obra bien realizada y alegrarse por el agradecimiento de quienes han recibido nuestra ayuda.

El desorden aparece cuando buscamos esa gloria por encima de Dios, cuando la convertimos en nuestro objetivo principal o cuando realizamos buenas acciones para alimentar nuestra reputación.

Jesús aborda directamente esta cuestión en el Evangelio:

«Cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles para ser honrados por los hombres».

(Mateo 6,2).

Y continúa enseñando que la limosna debe realizarse sin convertirla en un espectáculo.

La enseñanza no consiste en que debamos ocultar absolutamente todas nuestras buenas obras. Consiste en purificar nuestra intención.

Hay una diferencia entre ayudar a una persona necesitada y necesitar que todos sepan que la hemos ayudado.

Hay una diferencia entre enseñar la fe y buscar admiración por nuestros conocimientos.

Hay una diferencia entre participar en una obra apostólica y convertirla en un instrumento para alimentar nuestra imagen.

La pregunta que debemos hacernos es sencilla:

¿Seguiría haciendo esto si nadie me felicitara, nadie me agradeciera y nadie llegara a saberlo?

Si la respuesta es afirmativa, probablemente estamos avanzando hacia una mayor libertad interior.

Si la respuesta nos incomoda, quizá hemos descubierto algo que necesitamos llevar a la oración.

7. Jesucristo: el modelo perfecto de humildad frente al ego humano

Para comprender cómo debe vivir el cristiano, debemos contemplar a Jesucristo.

El Hijo de Dios no buscó la gloria humana, no construyó su misión alrededor de los aplausos y no modificó la verdad para obtener aceptación.

Su vida estuvo completamente orientada al cumplimiento de la voluntad del Padre.

San Pablo expresa este misterio en la Carta a los Filipenses:

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús, el cual, siendo de condición

divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres».

(Filipenses 2,5-7).

Este pasaje constituye uno de los fundamentos bíblicos más importantes de la humildad cristiana.

Cristo, siendo verdaderamente Dios, asumió nuestra naturaleza humana y se hizo servidor. No se trata de una humillación impuesta por inferioridad, sino de una entrega libre por amor.

El Señor lavó los pies de sus discípulos (Juan 13,1-17). Aceptó la incomprensión, el abandono y la injusticia. No respondió a la violencia con violencia ni buscó defender una imagen pública que tuviera que preservar a cualquier precio.

Y, sin embargo, su humildad nunca significó cobardía.

Jesús denunció la hipocresía de los fariseos, corrigió a sus discípulos, expulsó a los vendedores del templo y proclamó la verdad incluso cuando sabía que provocaría el rechazo de quienes lo escuchaban.

Aquí encontramos una distinción esencial: **la humildad no consiste en dejar que los demás nos manipulen, sino en dejar de convertir nuestro propio yo en el centro de todo.**

Una persona humilde puede defender una convicción con firmeza, corregir una injusticia y decir que no cuando sea necesario.

Lo que no necesita es hacerlo para alimentar su orgullo.

Cristo no vivió para recibir la aprobación del mundo. Vivió para cumplir la voluntad del Padre.

Y esa es precisamente la libertad a la que está llamado todo cristiano.

8. La humildad no consiste en despreciarse a uno mismo

Conviene aclarar algo importante: combatir el ego no significa odiarse, considerarse inútil o aceptar que los demás nos traten sin dignidad.

La humildad cristiana no es una forma de autodesprecio.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que la dignidad de la persona humana tiene su fundamento en haber sido creada a imagen y semejanza de Dios (CEC 1700).

Por tanto, reconocer nuestro valor no es soberbia. Lo que resulta desordenado es atribuirnos una excelencia independiente de Dios, despreciar a los demás o exigir que nuestra importancia sea reconocida constantemente.

La humildad consiste en vivir en la verdad.

Reconocer los dones que hemos recibido, sin apropiarnos de ellos como si fueran exclusivamente mérito nuestro.

Reconocer nuestros defectos, sin desesperar por ellos.

Aceptar que otras personas pueden ser mejores que nosotros en determinados aspectos, sin sentirnos amenazados.

Comprender que necesitamos ayuda, sin interpretar esa necesidad como una derrota.

San Pablo nos recuerda:

«¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte como si no lo hubieras recibido?».

(1 Corintios 4,7).

Esta pregunta desmonta una de las raíces más profundas de la soberbia.

Nuestra inteligencia, nuestras capacidades, nuestras oportunidades y nuestros talentos no son realidades de las que podamos presumir como si fuéramos su origen absoluto.

Todo bien procede, en último término, de Dios.

Incluso aquello que hemos conseguido mediante nuestro esfuerzo ha sido posible gracias a capacidades, circunstancias y oportunidades que no nos hemos dado completamente a nosotros mismos.

La humildad no nos hace menos humanos. Nos permite comprender mejor quiénes somos y de quién hemos recibido todo.

9. El ego en nuestro tiempo: vivir pendientes de la mirada de los demás

La sociedad contemporánea ofrece innumerables oportunidades para alimentar el ego.

Las redes sociales han convertido buena parte de la vida cotidiana en un escaparate. Fotografías, opiniones, viajes, experiencias, logros profesionales y actividades personales se presentan continuamente ante la mirada de los demás.

Los «me gusta», los comentarios, las visualizaciones y el número de seguidores pueden convertirse en medidas aparentes del propio valor.

No significa que utilizar las redes sociales sea malo. Tampoco que compartir una experiencia o publicar una fotografía constituya necesariamente vanidad.

El problema aparece cuando comenzamos a vivir para ser vistos.

Cuando una experiencia parece incompleta si no la publicamos. Cuando una opinión deja de ser una convicción para convertirse en una herramienta de aceptación. Cuando sentimos la necesidad de demostrar continuamente que nuestra vida es interesante, que tenemos éxito o que somos importantes.

El ego encuentra en ese entorno un terreno especialmente favorable.

También sucede en otros ámbitos: en el trabajo, en la familia, en las amistades e incluso dentro de las comunidades religiosas.

Hay personas que necesitan tener siempre la última palabra. Otras no soportan que sus decisiones sean cuestionadas. Algunas viven pendientes de lo que se dice de ellas cuando no están presentes.

Y muchas veces el sufrimiento no procede tanto de lo que ha sucedido como de la interpretación que hacemos de lo sucedido.

Alguien no nos saluda y pensamos que nos desprecia. Una persona no responde a nuestro mensaje y creemos que hemos dejado de importarle. Recibimos una crítica y sentimos que nuestra reputación está destruida.

El ego convierte situaciones ordinarias en amenazas contra nuestra identidad.

Frente a esta realidad, la espiritualidad cristiana propone recuperar el silencio, la oración, el examen de conciencia y la mirada de Dios.

Necesitamos aprender a vivir sin convertir cada momento en una oportunidad para demostrar algo.

No todo lo que hacemos necesita ser visto. No toda opinión merece una respuesta. No toda crítica exige una defensa. Y no todo silencio significa una derrota.

10. ¿Cómo vencer el ego? El camino espiritual de la humildad

El ego no desaparece simplemente por proponérnoslo. La lucha contra la soberbia requiere gracia, vigilancia interior, oración y ejercicio constante de las virtudes.

La tradición espiritual de la Iglesia nos ofrece medios concretos para avanzar.

1. Examinar nuestras intenciones

Antes de realizar una acción importante, preguntémonos por qué queremos hacerla.

¿Buscamos el bien o buscamos reconocimiento? ¿Queremos ayudar o queremos sentirnos superiores? ¿Defendemos una verdad o queremos ganar una discusión?

No siempre encontraremos respuestas cómodas, pero la sinceridad ante Dios es el comienzo de la conversión.

2. Aprender a aceptar las correcciones

Una persona humilde no considera que toda crítica sea verdadera, pero tampoco rechaza automáticamente aquello que puede ayudarla a mejorar.

Cuando alguien nos corrige, debemos examinar sus palabras con serenidad.

Si tiene razón, agradezcamos la oportunidad de reconocer nuestro error. Si está equivocado, no necesitamos responder con agresividad.

La verdad no pierde su valor porque alguien la exprese de manera imperfecta.

3. Practicar el silencio

No tenemos que responder a todo.

En ocasiones, el deseo de justificarnos nace más del orgullo herido que de una verdadera necesidad de aclarar algo.

Aprender a guardar silencio cuando una discusión no conduce a ningún bien es una forma de dominio de uno mismo.

El silencio no debe confundirse con la cobardía ni con la aceptación de la injusticia. Se trata de no permitir que cada provocación gobierne nuestras reacciones.

4. Hacer el bien sin buscar reconocimiento

Realicemos pequeños actos de caridad que nadie tenga por qué conocer.

Ayudemos a alguien sin anunciarlo. Recemos por una persona sin comunicárselo. Hagamos un sacrificio por nuestra familia sin exigir agradecimiento.

Estas acciones ayudan a purificar nuestras intenciones y nos recuerdan que el bien conserva su valor aunque nadie lo aplauda.

5. Reconocer nuestros errores y pedir perdón

Decir «me he equivocado» no disminuye nuestra dignidad.

Pedir perdón tampoco nos convierte en personas inferiores.

Al contrario, reconocer nuestras faltas requiere fortaleza y sinceridad.

La soberbia busca excusas; la humildad busca la verdad.

6. Cultivar la oración y la vida sacramental

La oración nos sitúa ante Dios y nos recuerda nuestra verdadera condición de criaturas.

El sacramento de la Penitencia nos permite reconocer nuestras faltas, recibir el perdón de Dios y comenzar de nuevo.

La Eucaristía, por su parte, nos introduce en el misterio de Cristo que se entrega por amor.

No podemos acercarnos sinceramente al Señor y permanecer indiferentes ante la necesidad

de conversión de nuestro corazón.

7. Aprender a alegrarnos por el bien de los demás

Esta es una de las pruebas más reveladoras de la humildad.

Cuando alguien recibe un reconocimiento, consigue un éxito o desarrolla un talento que nosotros no poseemos, ¿somos capaces de alegrarnos sinceramente?

La envidia nace muchas veces de comparar nuestra propia importancia con la de los demás.

La caridad, en cambio, nos enseña a contemplar el bien ajeno como algo que también puede alegrarnos.

San Pablo exhorta:

«Amaos cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que a sí mismo».

(Romanos 12,10).

No se trata de negar nuestros talentos, sino de dejar de utilizarlos como instrumentos de competición.

11. Cuando dejas de necesitar la aprobación, comienzas a ser verdaderamente libre

Existe una libertad interior que el mundo difícilmente puede comprender: la libertad de hacer lo correcto sin necesitar que todos estén de acuerdo contigo.

Una persona que vive pendiente de la aprobación ajena puede terminar traicionando sus principios para conservar una aceptación temporal.

El cristiano está llamado a algo diferente.

Debe respetar a los demás, escuchar, dialogar, reconocer sus errores y evitar las ofensas innecesarias. Pero no puede convertir el deseo de agradar en una razón para abandonar la verdad.

Pensemos en los santos.

Muchos de ellos fueron incomprendidos, rechazados o perseguidos precisamente por su fidelidad a Dios. Su vida no estuvo determinada por la búsqueda de popularidad, sino por la obediencia a la verdad y la caridad.

Esto no significa que todo aquel que recibe críticas sea necesariamente un defensor de la verdad. También podemos ser criticados porque nos hemos equivocado, hemos actuado injustamente o hemos herido a alguien.

Por eso necesitamos discernimiento.

No debemos confundir la persecución con las consecuencias de nuestros propios errores, ni utilizar la fidelidad religiosa como excusa para no escuchar a nadie.

La verdadera libertad cristiana no consiste en pensar que nunca necesitamos corregirnos.

Consiste en no permitir que el orgullo, el miedo o la presión social nos aparten de aquello que sabemos que es justo.

San Pablo nos recuerda que el juicio definitivo pertenece al Señor.

Y esto debería producir en nosotros dos sentimientos inseparables: humildad y confianza.

Humildad, porque no somos nuestros propios jueces supremos.

Confianza, porque nuestra vida está en manos de un Dios que conoce nuestra intención, nuestras debilidades y nuestros esfuerzos.

12. Una pregunta para el examen de conciencia: ¿vivirías igual si nadie te admirara?

Detengámonos un instante.

Imaginemos que nadie reconoce nuestros esfuerzos. Que nadie comenta nuestras publicaciones. Que nadie elogia nuestro trabajo. Que no recibimos agradecimientos por nuestras buenas acciones. Que algunas personas no comprenden nuestras convicciones y que otras incluso nos juzgan injustamente.

¿Seguiríamos haciendo el bien?

¿Continuaríamos rezando?

¿Mantendríamos nuestras convicciones?

¿Seguiríamos tratando de ser mejores personas?

¿Seríamos capaces de perdonar sin esperar reconocimiento?

Estas preguntas permiten descubrir hasta qué punto nuestra vida está orientada hacia Dios o depende de la mirada de los hombres.

La respuesta no siempre será perfecta. Todos tenemos debilidades, deseos de reconocimiento y momentos en los que una crítica nos afecta más de lo que debería.

La vida espiritual es un camino de conversión.

No debemos desesperarnos al descubrir nuestro ego. Debemos reconocerlo, combatirlo y pedir a Dios la gracia de crecer en humildad.

El objetivo no es dejar de importarnos a nosotros mismos ni renunciar a nuestra dignidad.

El objetivo es dejar de vivir como si fuéramos el centro del universo.

Porque no lo somos.

Dios es el centro. Y cuando Él ocupa verdaderamente ese lugar, muchas de nuestras preocupaciones comienzan a recuperar su justa proporción.

Conclusión: que te importe más lo que piensa Dios que lo que piensan los hombres

Quizá una de las mayores esclavitudes del ser humano sea vivir intentando controlar la opinión que los demás tienen de él.

Queremos que nos comprendan, que nos respeten, que reconozcan nuestros méritos y que nadie piense mal de nosotros.

Pero esa batalla nunca termina.

Siempre habrá alguien que no esté de acuerdo, alguien que nos critique, alguien que

interprete equivocadamente nuestras acciones o alguien que sencillamente no nos aprecie.

No podemos controlar la conciencia de los demás, ni construir nuestra vida alrededor de sus opiniones.

Lo que sí podemos hacer es procurar que nuestra conciencia esté cada día más cerca de Dios.

San Pablo nos enseñó a no convertir el juicio humano en el criterio definitivo de nuestra existencia. No porque despreciara a las personas, sino porque sabía que su misión no consistía en conseguir aplausos, sino en ser fiel a Cristo.

Y quizá esta sea una de las preguntas más importantes que podemos hacernos como cristianos:

¿Estoy viviendo para que los demás piensen bien de mí o estoy viviendo para que Dios encuentre fidelidad en mi corazón?

No necesitamos ser admirados por todos.

No necesitamos tener siempre razón.

No necesitamos demostrar constantemente nuestro valor.

Necesitamos amar a Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como a nosotros mismos y vivir conforme a la verdad.

La próxima vez que alguien te critique, que no reconozca tu esfuerzo o que cuestione tu manera de actuar, detente antes de responder. Examina si hay algo que debas corregir. Si lo hay, hazlo con humildad. Si no lo hay, continúa obrando rectamente sin alimentar el resentimiento.

Recuerda las palabras del Apóstol: «Quien me juzga es el Señor».

Porque al final de nuestra vida no compareceremos ante Dios para demostrar cuántas personas nos admiraron, cuántos elogios recibimos o cuántas veces conseguimos tener la última palabra.

Compareceremos ante Él con nuestra verdad.

Y entonces comprenderemos que muchas de las cosas por las que tanto nos preocupábamos tenían una importancia mucho menor de la que les habíamos concedido.

Que no te preocupe tanto parecer grande ante los hombres. Procura ser pequeño ante Dios, porque quien aprende a vivir sin la necesidad de los aplausos humanos descubre la libertad de servir con un corazón verdaderamente cristiano.

«Es preciso que Él crezca y que yo disminuya».

(Juan 3,30).

Estas palabras de san Juan Bautista resumen admirablemente el camino de la humildad cristiana: dejar de colocar nuestro propio yo en el centro para que Cristo ocupe el lugar que le corresponde.

Salve María.

¡Viva Cristo Rey!